

ECUADOR terra incognita



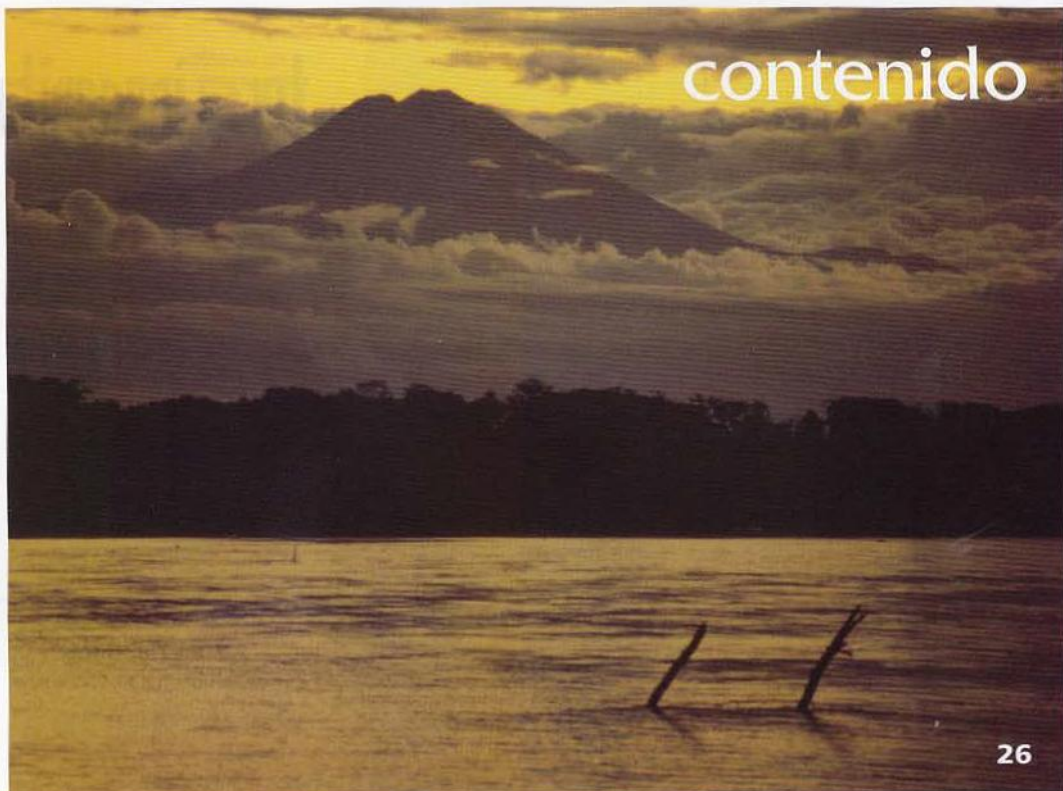
No. 20 • noviembre 2002 • US\$ 1,50

EL HIELO:

crisol de la diversidad



Próxima entrega
Destino final: La Tolita



El hielo: crisol de la diversidad

10

Junto a **Patricio Mena V.** entenderemos cómo el frío e inhóspito hielo de los glaciares generó refugios de vida hace millones de años.

Los peces de nuestro mar, de abundantes a diversos

16

Con **Pedro Jiménez** conoceremos acerca de la riqueza de peces de nuestras costas, una importante fuente de recursos.

Tarde de toros

20

Julián Larrea nos transporta a Machachi, donde disfrutaremos y nos sorprenderemos de lo que ocurre en estos tradicionales espectáculos de la Sierra norte del Ecuador.

Napo-Galeras: entre la neblina y el misterio

26

Esta cordillera es fuente de importantes mitologías de la Amazonía. Junto a **Jonathon Miller W.** conoceremos algunos relatos de los viejos indígenas.

Ecuador en bicicleta II

34

Continuamos en el diario de viaje de **Diego Tirira**. Su bicicleta nos llevará desde las planicies del Guayas hasta la montañosa Loja, la más austral de nuestras provincias.

Notas

6

Allimicuna

43

Nuestra fauna

45

Notas bibliográficas

46

¿Qué lugar es éste?

50

Humor verde

51

ECUADOR

en bicicleta II

De la península a tierra lojana

Texto y fotos por Diego Tirira

Lunes 5 de marzo. Dejé la bella tierra manabita. Al mediodía me detuve en Manglaralto, ya en la provincia del Guayas. Mientras almorzaba, un grupo de jóvenes me comentaron que ellos suelen viajar hasta Salinas en sus bicicletas y que el recorrido les toma menos de tres horas, así que tendría tiempo suficiente para llegar antes que oscurezca.

Al dejar Libertador Bolívar, un pequeño pueblo de pescadores en ruta a la península de Santa Elena, se acercó un hombre de unos 60 años y empezó a pedalear junto a mí en su bicicleta, que parecía tan antigua como él mismo, sin cambios de velocidades, toda maltrecha, despintada y quién sabe cuándo fue la última vez que le cambió las llantas. Yo continué mi viaje sin prestarle mucha atención. Al rato la vía presentaba unas pocas pendientes, así que supe que mi condición física, la diferencia de edad y de bicicleta, dejaría rezagado a mi repentino acompañante; pero tuve una gran sorpresa cuando en la cuesta no solo que me dio alcance, sino que me sacó hasta unos 300 m de ventaja. Con mucho esfuerzo logré acercarme a él y empezamos a conversar mientras pedaleábamos. Era un comerciante de telas, que trabaja en esta actividad desde que era un muchacho, "más de cuarenta años", según me dijo. Recorre en su bicicleta desde La Entrada, el primer pueblo de la provincia que aparece en esta carretera, hasta

Valdivia. En su vehículo tiene adaptada una parrilla trasera donde transporta su mercancía. En ese momento iba rumbo a San Pedro, otro pequeño pueblo que dista unos 10 km de Libertador Bolívar. Me comentó que él casi nunca utiliza autobús, que siempre que puede se moviliza en su vieja bicicleta. Al separarnos me indicó que el viaje hasta Salinas me debería tomar menos de dos horas; eran las 14h30.

Desde San Pedro, la carretera es bastante plana y buena parte del trayecto va paralelo al mar, lo que haría pensar en un viaje placentero y poco agotador; sin embargo, apareció un factor que no había tomado en cuenta: el viento. En condiciones normales debía recorrer más de 20 km por hora, pero con el viento en contra, que soplaba de sur a norte, sumado a un sol abrasador y el calor intenso, apenas llegaba a la mitad. La cantidad de agua que ingería no era suficiente para reponer la deshidratación que tenía mi cuerpo. Finalmente, pasadas las 19h00 llegué a Salinas, más del doble del tiempo previsto por los muchachos de Manglaralto y por el comerciante de telas de San Pedro. Estaba físicamente deshecho, deshidratado y débil. Había ingerido más de 8 litros de líquidos y recorrido más de 120 km, dos nuevos récords en mi viaje. Afortunadamente encontré en casa a mi viejo amigo Pedro Jiménez, un biólogo radicado en la península desde hace un año, ahora dedicado al estudio de los peces marinos.

Derecha: Tuve que cruzar torrentosos ríos y pequeños riachuelos hasta llegar a Loja, unas veces sobre grandes puentes de concreto, otras veces por angostos y colgantes como en el valle de Catamayo, e incluso colgado en tarabita.





Jueves 8 de marzo. La noche de ayer la pasé en la parroquia Atahualpa, a no mucha distancia de Santa Elena, en la que podría ser la zona con menor pluviosidad del país, razón por la cual la vegetación en su mayor parte está formada por arbustos y matorrales secos. Cuando entré en Atahualpa, un pueblo dedicado a la elaboración de muebles de madera, un rótulo de la Defensa Civil llamó mi atención. Me acerqué y pedí al encargado posada para esa noche, éste de inmediato comunicó de mi presencia al Teniente Político y al Presidente de la Junta Parroquial. Desde ese momento fui víctima de la burocracia que afecta al país. Antes de confirmarme si mi petición estaba aceptada, anotaron todo cuanto les informé y realizaron las averiguaciones del caso para comprobar mi identidad y el propósito de mi presencia. Lue-

go de llamar a mi familia en Quito para verificar lo que había dicho, se me pidió que haga una petición por escrito solicitando el esperado albergue, debía especificar, entre otras cosas, el tipo de bicicleta que tenía y sus características (número de velocidades, tamaño, color...). Entre tanto trámite la noche había caído. Una vez aceptada mi solicitud, el teniente político, don Washington Reyes, me indicó que se me facilitaría una habitación con baño privado y totalmente independiente; no sin antes pedirme que usara durante mi permanencia en el pueblo un chaleco distintivo de la Defensa Civil para que los moradores no se inquietaran con mi presencia. Acto seguido, fui conducido a mi nueva posada. Pero vaya sorpresa que me llevé cuando la habitación independiente era nada menos que el baño público del mercado del pueblo,

con un lavabo y un gran urinario. El baño privado era un excusado, separado por una delgada pared del resto de la habitación. Afortunadamente el cuarto no era funcional y no estaba rodeado por malos olores. En un primer momento pensé que se trataba de una broma de mal gusto y consideré en rechazar este ofrecimiento. Sin embargo, el teniente político me indicó que él había vivido ahí con su esposa y sus dos hijos hasta hace unos pocos meses; además, debido a la hora, me resultaba difícil buscar otra opción, así que no tuve más alternativa que aceptar. A la mañana siguiente fui invitado por mi anfitrión a desayunar en su casa. Al ingresar en ésta y ver la sencillez en la que vivía, comprendí que aquel baño público que pensé rechazar era una habitación verdaderamente confortable para alguien que apenas tenía para vivir. El resto de la mañana, don Washington se convirtió en mi guía personal, sacando a relucir su excelente hospitalidad y el agrado que tenía de recibir a un forastero.

En la tarde continué mi viaje. Llegué hasta un lugar conocido como Cerro de la Mona, a unos 5 km de Progreso en la vía a Guayaquil. La noche la pasaré junto a una familia extremadamente humilde. El techo y las paredes de su destartalada casa están hechos con pedazos de caña guadua, cartones y plásticos. El piso es de tierra, algo lodoso y de fuerte olor debido a la humedad; sin más muebles que unas tablas colocadas a manera de cama y una vieja mesa pajoja. A pesar de su situación, fui recibido con generosidad, sin que falte una suculenta merienda. Estos dos últimos días he tenido experiencias realmente duras en cuanto al conocimiento de la pobreza en la que vive buena parte de la gente de mi país y su hospitalidad. Han transcurrido treinta días desde mi salida de Quito. Mañana llegaré a Guayaquil.

Lunes 12 de marzo. Después de un merecido descanso en el Puerto Principal, reanudé mi viaje. Desde ayer empecé un largo y cómodo recorrido de casi 300 km por tierras planas; trayecto que atraviesa por la Reserva Ecológica Manglares Churute, y continúa por la que sin duda alguna es la mayor área bananera del mundo. A diferencia de las familias humildes que conocí en los dos días previos a mi llegada a Guayaquil, ayer dormí en la hacienda Jambelí, cerca de Balao, propiedad de una de las personas más adineradas de la provincia.

Hoy seguí mi viaje rumbo a la provincia de El Oro. En la tarde llegué a la ciudad de Pasaje, donde recordé que hace algunos años alguien me

sugirió pedir posada en los destacamentos de bomberos, pues se tenían buenas probabilidades de éxito, así que decidí probar suerte. Al conversar con don José, el bombero encargado, éste no dudó en acomodarme en un gran salón de reuniones que tenían. Luego me dijo que estaba muy gustoso de recibirme, pues desde hace como un año no recibían la visita de nadie.

Martes 13 de marzo. Me aprestaba a dejar la estación de bomberos de Pasaje, cuando don José me invitó a registrarme en un libro de visitantes. Pude ver que la última persona que recibieron fue un ciudadano austriaco que llegó en febrero del 2000. Al despedirme me invitó a volver cuando quiera, que ellos siempre tendrán lugar para un aventurero.

Unos 50 km más al sur está Arenillas, un pequeño cantón cercano a la frontera con Perú donde el paisaje empieza a cambiar. La carretera plana, el verdor de la vegetación y las plantaciones bananeras son reemplazados por numerosas pendientes y colinas cubiertas con bosques xerofíticos; entre la vegetación sobresalen unos grandes y pintorescos árboles conocidos como araucarias. Esta noche pasaré en el pequeño pueblo de Puyango.

Miércoles 14 de marzo. En la mañana me dediqué a conocer el Bosque Petrificado de Puyango, sin duda uno de los lugares más interesantes que he visitado. Al caminar encontré numerosos fósiles y varios troncos mineralizados, con una antigüedad de por lo menos 70 millones de años. Dentro de los seres vivos del bosque, lo que más llama la atención es "la gran araucaria", la más vieja y grande de todas, con no menos de 30 m de alto, unos 7 de diámetro y, según cálculos botánicos con nada menos que 260 años de edad, o sea que estaría entre los seres vivientes más antiguos del Ecuador, contemporánea de los mismísimos Juan de Velasco y Eugenio Espejo.

El administrador del bosque, don Óscar Rodríguez, un hombre de 68 años de edad, de los cuales 13 ha dedicado a este lugar, me comentó: "Hace apenas un año me enteré lo que he estado cuidando, cuando vino un científico canadiense me explicó lo importante que era este sitio. Ahora no dejo que nadie me toque ni me dañe nada". Se dedica a este oficio únicamente por buena voluntad, pues, según me contó, no recibe ningún sueldo y sus ingresos provienen de los contados turistas que llegan al lugar, de las entradas que cobra para el ingreso y de la venta de golosinas a los visitantes. Luego me

indicó un pequeño museo donde se han acumulado algunos fósiles extraídos del bosque, la mayoría de ellos de dudosa identificación, pues en muchos solo ha primado la buena voluntad y el sentido común de este buen hombre, ya que casi no existen estudios y los científicos que han visitado el lugar se cuentan con los dedos de una mano. Así, me enseñó una piedra algo redondeada, con superficie arrugada que según me explicó era ¡una chirimoya fosilizada! Otra piedra algo amarillenta, también redonda, lisa y bastante más pequeña, era ¡una guayaba fósil! Una piedra grande con forma alargada era una foca y otra pequeña, algo ovalada y chata por uno de sus lados era una tortuga...

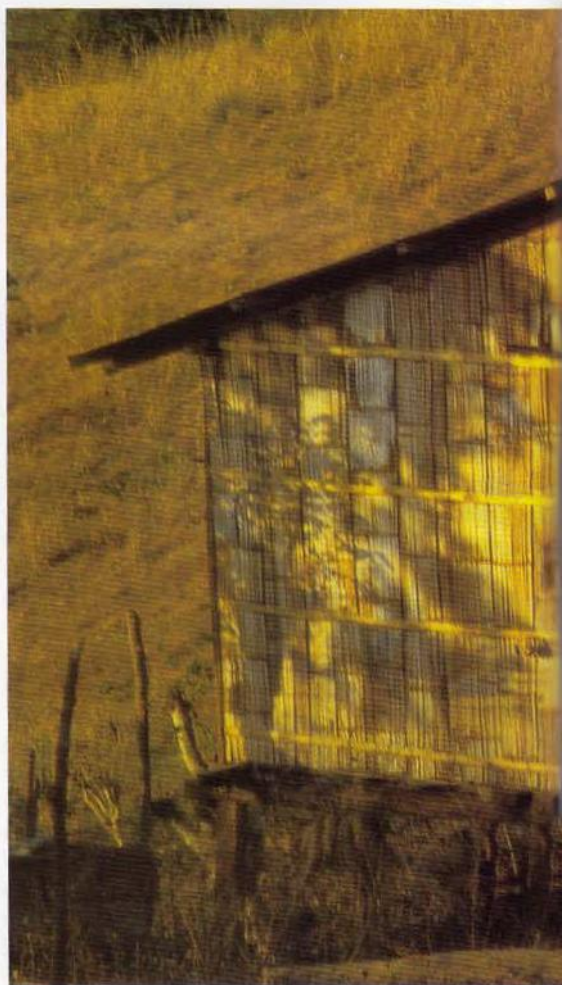
En la tarde continué hacia Alamor, donde me desvié por un viejo camino que me conduciría hasta Macará. Inesperadamente empezó una fuerte lluvia que me obligó a guacermeme por un par de horas. Al continuar me encontré con una sorpresa: la carretera estaba cortada cerca de la parroquia El Achote a causa de la crecida de un pequeño riachuelo que atraviesa la ruta, ahora convertido en un río torrencioso y un obstáculo insalvable. En condiciones normales debería tener menos de cinco metros de ancho, los que ahora se habían triplicado. Eran cerca de las 16h00, así que decidí esperar hasta que disminuya el caudal. Dos horas más tarde, cuando el torrente en algo se había reducido, en cuestión de minutos volvió a alcanzar la fuerza inicial. La noche empezaba a caer, así que decidí buscar una posada cercana. A menos de cinco kilómetros encontré un recinto llamado Los Gramales, donde pasaré la noche. Espero que mañana el pequeño riachuelo haya vuelto a la normalidad y pueda cruzarlo.

Jueves 15 de marzo. Llovió durante casi toda la noche, por lo que muy poco había variado el caudal del "pequeño riachuelo". De pronto llegó una camioneta con placas del Estado, de doble tracción, dispuesta a continuar su camino. El conductor se ofreció a llevarme hasta el otro lado. Algo temeroso y pensando que era peligroso le pregunté si estaba seguro que cruzaría. Me dijo que suba, que ya lo había hecho en otras ocasiones y que el vehículo resistiría. A pesar de la fuerza de la corriente que se sentía en la camioneta cuando cruzaba el ahora gran riachuelo, el paso fue más sencillo de lo que pensé.

Derecha: Las típicas casas de caña de la Costa, tan acogedoras como amables sus ocupantes, me recibieron en varias ocasiones.

Al continuar mi viaje por este camino que creía antiguo y abandonado, de pronto divisé un gran rótulo que me dejó estupefacto, que decía: "Carretera Alamor-Pindal. Obra del Gobierno del Dr. Jamil Mahuad". No había fecha, pero de cualquier manera era una vía totalmente destruida que debía tener menos de tres años de inaugurada, con huellas evidentes de que fue asfaltada y pintada. Lo único que pude sentir en ese momento fue indignación por todo lo que ello implicaba. Una burla de los políticos a la gente pobre del lugar, un desperdicio de dinero, un robo de unos cuantos corruptos que hacen carreteras desechables, de vida corta, como si las obras en este país deberían hacerse mal hechas para que duren unos pocos años...

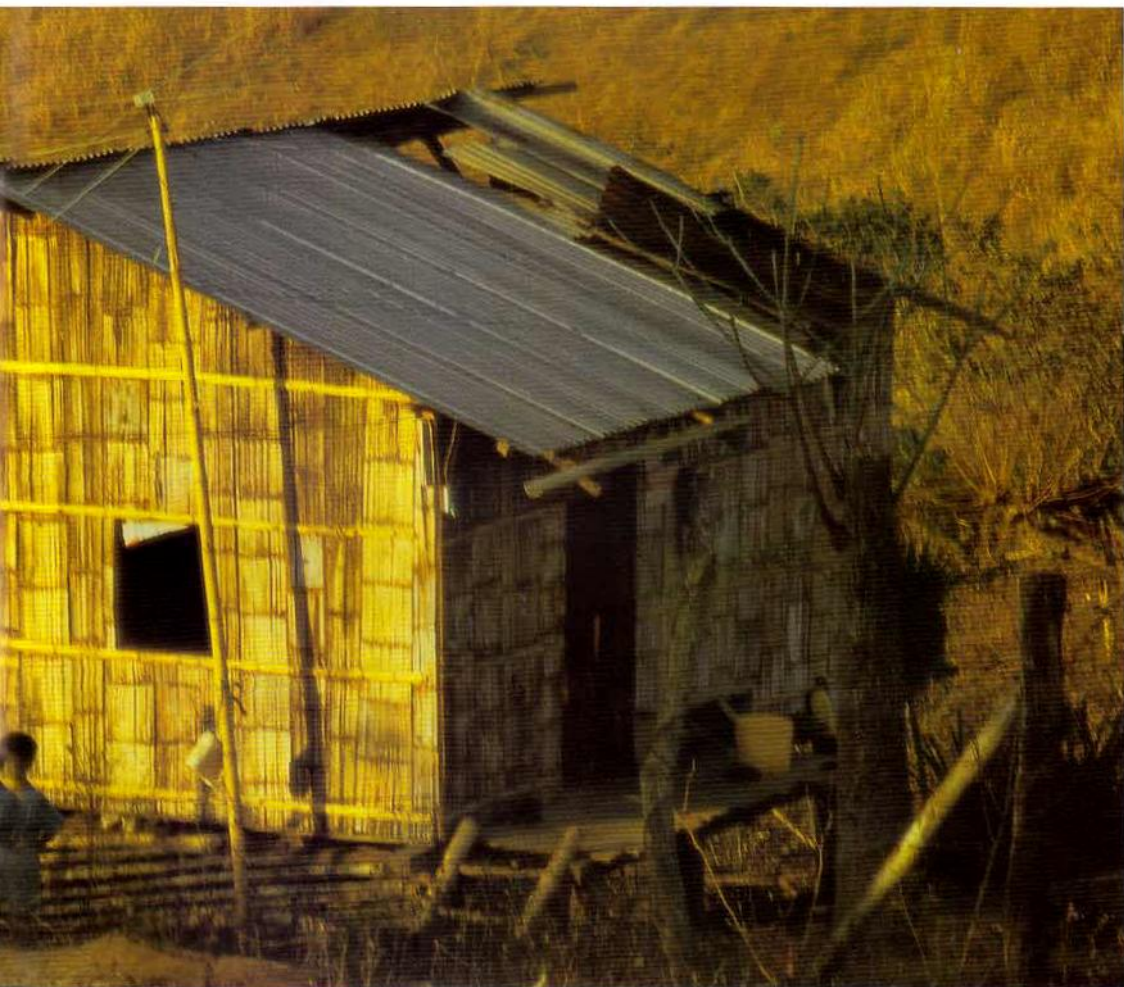
Cuando estaba a menos de 30 km de Macará tuve otro hallazgo inesperado en mi ruta, o mejor dicho una falta de hallazgo. No había puente sobre el río Catamayo, el más importan-

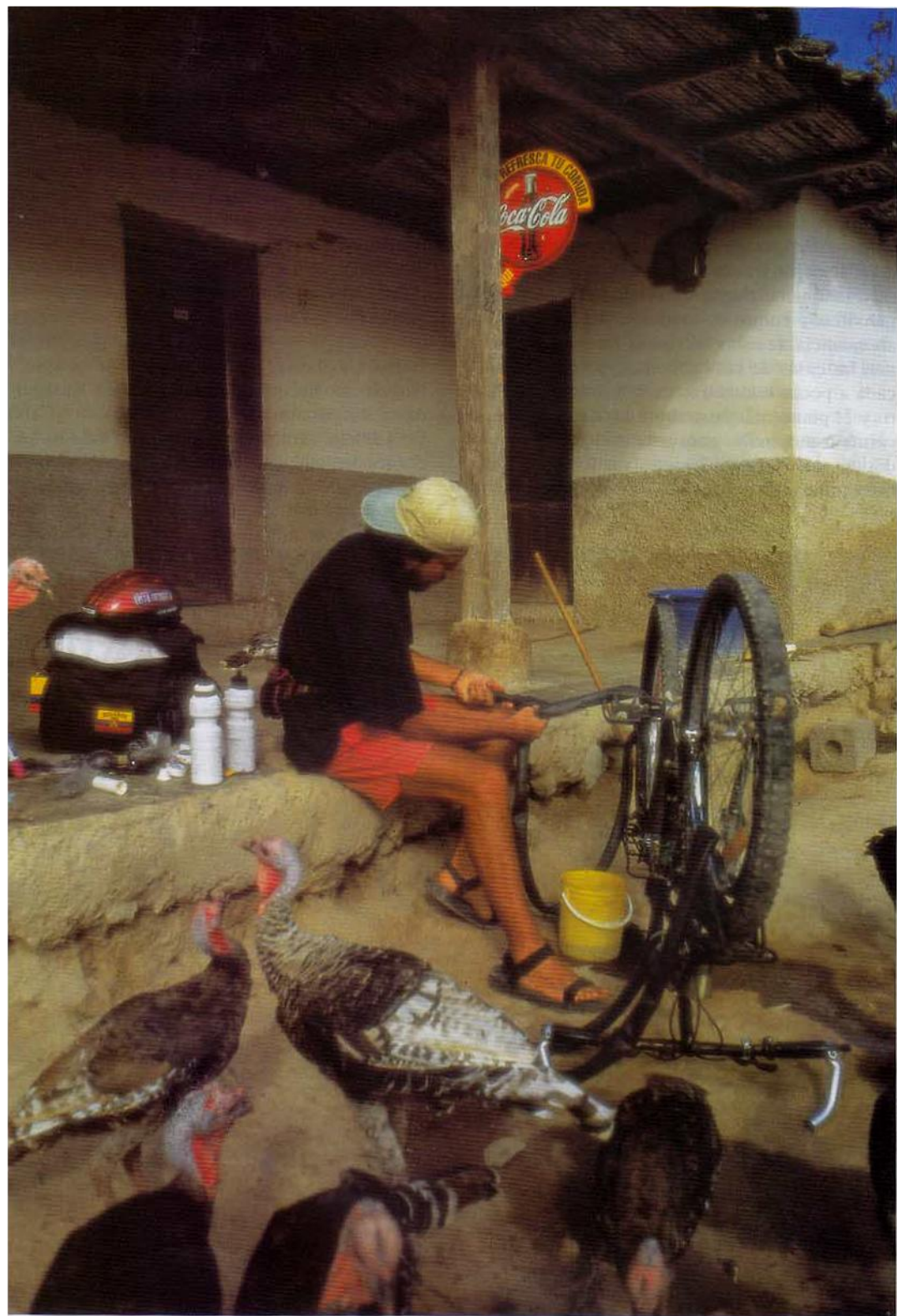


te de la zona. El puente había sido arrastrado por las aguas crecidas del río en el último fenómeno de El Niño, hace más de un año. Tenía dos opciones, regresar hasta Alamor y dar una vuelta de más de 170 km que me tomaría cuando menos tres días, o cruzar el río en una aparentemente frágil tarabita. La gente del lugar me convenció por la segunda opción, aduciendo que la tarabita podía resistir hasta 280 kilos de peso, así que me embarqué con mi bicicleta, cerré los ojos y nuevamente a la aventura.

Finalmente llegué a “la ciudad de las buganvillas”, como se conoce a Macará por la abundancia de estas hermosas flores que adornan las casas de sus habitantes, población ubicada a pocos kilómetros de la frontera con Perú y el punto más austral en mi viaje. Al acercarme a una mujer para solicitarle el albergue del día, me respondió que estaba loco. “Y cree que alguien le va a dar una posada”, me dijo.

No me creyó cuando le comenté que tenía 37 días viajando y que hasta ahora siempre había conseguido un albergue. Así que decidí probar suerte en el cuartel de Policía. El personal de guardia me pidió mi cédula de identidad y fue a comunicar la novedad al jefe del destacamento. Al rato salió el capitán Ordoñez con mi cédula en su mano, y con la típica altivez y arrogancia de un uniformado me dijo: “Así que naciste en Riobamba”. Le respondí que sí, que ahí había vivido hasta los 17 años. “¿Y en qué colegio estudiaste?” En el San Felipe. “¿Y por dónde vivías?” Por la Didonato, respondía a sus preguntas. “¡Así! ¿Y les conocías al Pollo Argüello y al Burro Gavilanez? Estudiaban en tu colegio”. No, no creo haberles conocido, le dije. Enseguida se dirigió a uno de sus subalternos: “¡Cabo Pumahualli! Ayude a mi paisano en todo lo que él necesite, aténdale como si fuera su pariente”. Y me tendió su mano en señal de bienvenida.





Los pinchazos se hicieron frecuentes después de algunos kilómetros de viaje. En esta ocasión fueron los dos neumáticos los que motivaron una parada obligada, pero de ninguna manera despreciada, después de una gran jornada.

El destacamento de Macará no era muy grande. Tendría unos 20 policías, uno más curioso que otro por conocerme, escuchar algo de mi aventura y saber quién era yo para hacer lo que estaba haciendo. Unos querían subirse en mi bicicleta, otros ayudarme en lo que necesite, otros invitarme a comer, en fin, creo que mi visita no pasó para nada desapercibida.

La zona de Macará está rodeada por numerosas plantaciones arroceras, pero a causa de lo montañoso del lugar, éstas se encuentran construidas en terrazas. El arroz macareño sin duda es uno de los más reconocidos en el país, y ni qué decir en el sur del Ecuador, donde consumir un plato con esta gramínea es casi una muestra de saber tratarse bien.

Domingo 18 de marzo. Llegué a la lejana ciudad de Loja, un sitio muy poco conocido por la mayoría de gente que habita en este país. Algún día escuché a un anciano que decía: “Si conoces Loja, ya puedes sentirte ecuatoriano”. Ahora la ciudad tiene un aspecto por demás agradable, con una nueva cara e inmejorable limpieza, gracias a la excelente labor que cumple su Municipio. Pero llegar hasta acá no fue fácil, fueron tres días de fuertes cuestas, y es que

la provincia de Loja es una región montañosa por excelencia. Luego de una intensa pendiente, seguía un descenso de iguales características: cuatro horas de ascenso y tan solo 20 minutos de bajada, para enseguida empezar una nueva subida. Mientras me encontraba en estas largas e interminables cuestas, agotado y sin fuerzas para pedalear, con todo el tiempo del mundo para pensar, lo único que deseaba era que termine esta parte del recorrido, pero recordaba una frase que algún día escuché de un viajero empedernido: “Debes aprovechar el lugar en donde te encuentras y no donde quisieras estar”. Esto me hacía disfrutar de la belleza escénica de la zona, de las montañas, de la vegetación seca y de las plantaciones de caña de azúcar; a proceder con tranquilidad, a tener paciencia y a saber que tarde o temprano llegaría a donde anhelaba. Mientras tanto debía aprovechar lo que tenía al alcance de mis ojos, que sin duda era bastante.

Cómo ha pasado el tiempo. Han transcurrido 40 días desde que dejé Quito y he pasado por nueve provincias. Hasta el día de hoy he recorrido 2 167 km. Mañana parto rumbo a Zamora Chinchipe 🍌